

Novedades bibliográficas Librería de la UCA



Green, D., *La revolución silenciosa. El auge de la economía de mercado en América Latina*. Santafé de Bogotá, Tercer Mundo editores, 1997, 323 p.

Desde principios de la década de 1980, en América Latina se han suscitado cambios económicos profundos. En opinión de Duncan Green se trata de una *revolución silenciosa*, en el sentido de estar generando cambios estructurales profundos —caracterizados por implantación sin cortapisas de la economía de mercado—, pero sin la retórica incendiaria de los proyectos de izquierda que asolaron a la región en la décadas de los años setenta y ochenta.

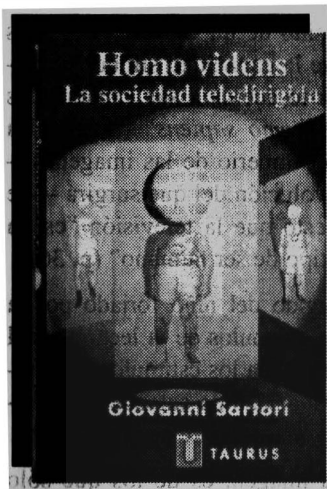
Según Green, el proceso de reestructuración de las economías latinoamericanas —la revolución silenciosa— se sostiene en la creencia de que es necesario reducir el papel del Estado en la economía. De aquí que una de sus áreas de interés sea el examen de los “éxitos y fracasos del Estado y del mercado en el pasado reciente de América Latina, estableciendo un paralelo entre los recientes fracasos de la ingerencia del Estado en la región y las florecientes economías asiáticas, como Taiwan y Corea del Sur, que dependen de una intervención estatal, considerada anatema por la ortodoxia neoliberal” (p. XIX). No se le

escapa al autor que la creencia en la necesidad de reducir el rol del Estado en la economía ha sido defendida y difundida por los organismos financieros internacionales, especialmente por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Por eso, “*La revolución silenciosa* ausculta la estructura, el pensamiento, el poder y las políticas del FMI y del Banco Mundial. También estudia el alcance de sus cambios de política a partir de los años ochenta, efectuados como respuesta a un coro de críticas cada vez más estridente con respecto al costo humano de sus políticas” (*ibíd.*).

En efecto, la implantación de economías de mercado ha traído consigo una agudización de las condiciones de pobreza de la mayor parte de habitantes de la región. En el libro de Duncan Green se ponen al descubierto “los costos humanos de los experimentos de la región en las economías de mercado y da a conocer la experiencias de algunos de los hombres y mujeres cuyos trabajos y vidas han sido cambiados por siempre por el ajuste estructural. Al hacerlo, el libro intenta dar respuesta a dos preguntas medulares: ¿la economía de la región muestra señales de recuperación después de trece años de ajuste? y, como resultado de ello, ¿ha mejorado el nivel de vida de los latinoamericanos?” (*ibíd.*). Ambas interrogantes encuentran en el libro de Green una respuesta negativa.

Por último, en *La revolución silenciosa* se discute cómo los portavoces de la ofensiva neoliberal —abanderados del predominio irrestricto del mercado en la economía— se las han ingeniado para poner el lenguaje de su lado, por lo cual “en todo debate sobre los costos y beneficios del neoliberalismo sus partidarios comienzan con una ventaja... nadie ha podido superar al FMI en su labor de destrizar el lenguaje y desconcertar a cualquier persona ajena a la jerga económica: los empréstitos se convierten en ‘arreglos’ o ‘facilidades’, los pagos parciales son ‘desembolsos tramo’... Sin duda el rey de todos los eufemismos es ‘ajuste estructural’, nombre sorprendentemente suave para el proceso que subyace en el núcleo de la revolución silenciosa” (p. XX).

¿Qué hacer al respecto? Antes de inventar un nuevo vocabulario, Duncan Green “ha optado por plantear el debate en el terreno lingüístico de los partidarios del libre mercado, no sólo con el propósito de desmitificar el lenguaje, sino para demostrar que, catorce años después de una dominación ideológica casi absoluta, aun en sus propios términos y en sus propias palabras, es evidente que el neoliberalismo sólo puede reclamar para sí escasos éxitos a cambio de demasiados fracasos en términos tanto humanos como económicos” (p. XXII).



Giovanni Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid, Taurus, 1998, 159 p.

El politólogo italiano Giovanni Sartori nos ofrece un libro sumamente crítico sobre el impacto antropológico de la televisión en los umbrales del siglo XXI. De ser ciertas las apreciaciones de Sartori, la situación en que se encuentra la humanidad actual y sus perspectivas futuras, en lo que se refiere a avanzar hacia una mayor humanización, son en verdad aterradoras. El politólogo italiano arranca de lo que él considera un hecho indiscutible: “el hecho de que la televisión modifica radicalmente y empobrece el aparato cognoscitivo del

homo sapiens” (p. 17).

¿Qué es lo propio del aparato cognoscitivo del *homo sapiens*? Sartori, siguiendo a autores como Ernest Cassirer, nos lo dice directamente: la capacidad simbólica, la cual comprende “todas las formas de la vida cultural del hombre... [que] se despliega en el lenguaje, en la capacidad de comunicar mediante la articulación de sonidos y símbolos ‘significantes’, provistos de significado... el lenguaje esencial que de verdad caracteriza al hombre como animal simbólico es ‘lenguaje palabra’, el lenguaje de nuestra habla” (p. 24).

Precisamente, en virtud de su capacidad de hablar-comunicarse mediante palabras es que el hombre llega a adquirir su pleno estatus de *homo sapiens*: un ser capaz de pensar y razonar abstractamente, lo cual le permite no sólo alejarse de la inmediatez de lo concreto, sino también alejarse de la animalidad. El pensar permite a los humanos romper con la tiranía de los sentidos, especialmente con la tiranía de la vista. En la medida que el pensamiento se desarrolla —y sus productos simbólicos se socializan y comparten a través de la escritura— se desarrolla la civilización, que se caracteriza por el “tránsito de la palabra oral a la palabra escrita” (p. 25).

Desde las primeras civilizaciones hasta mediados del siglo XX, la naturaleza simbólica del hombre no sufrió mayor menoscabo, sino que más bien avanzó hacia niveles sumamente elevados en algunos ámbitos de reflexión. Sin embargo, nos dice Sartori, “la ruptura se produce a mediados de nuestro siglo, con la llegada del televisor y la televisión” (p. 26). Lo propio de la televisión es que, en opinión de nuestro autor, “el hecho de *ver* prevalece sobre el hecho de hablar, en el sentido que la voz del medio, o de un hablante, es secundaria, está en función de la *imagen*, comenta la imagen. Y, como consecuencia, el telespectador es más un animal *vidente* que un animal simbólico” (p. 26).

No se trata de una transformación cualquiera, sino de un cambio de graves consecuencias antropológicas: “porque mientras que la capacidad simbólica distancia al *homo sapiens* del animal, el hecho de ver lo acerca a sus capacidades ancestrales, al género al que pertenece la especie *homo sapiens*” (p. 27). En otras palabras, la televisión —la tiranía del ver y el imperio de las imágenes— animaliza al hombre, lo inserta en un proceso de involución del que surgirá —de continuar indetenible— un nuevo ser humano, puesto que la televisión “es un *medium* que genera un nuevo *anthropos*, un nuevo tipo de ser humano” (p. 36).

Este nuevo tipo de ser humano —el adulto surgido del niño forjado por la imagen (el *video-niño*)— es “sordo de por vida a los estímulos de la lectura y del saber transmitidos por la cultura escrita” (p. 38), sometido a los estímulos audiovisuales, culturalmente empobrecido, atrofiado en su capacidad de entender y manejar conceptos abstractos, con un lenguaje pobre en palabras y pobre en significados.

Este nuevo *anthropos*, al estar atrapado por la imagen, es de los que sólo creen en lo que ven, siendo sus autoridades cognitivas aquellos que aparecen en la televisión: “los charlatanes, los pensadores mediocres, los que buscan la novedad a toda costa”, pues “la televisión lleva a las pantallas sólo a quien ataca, al que agita” y “quedan a la sombra las personas serias, las que de verdad piensan” (pp. 94-95). No puede ser de otro modo, puesto que al “vídeo-dependiente” hay que darle lo que ha aprendido a esperar y a degustar: más imágenes y menos palabras. Este humano, que cree ciegamente que el mundo imaginario (virtual) es el mundo real, ha sido creado por la televisión para que disfrute sus productos, para que tenga una opinión, para que llore, ría o se entristezca según lo estimen conveniente quienes administran y dirigen los programas televisivos, cuya pobreza cultural los capacita para crear “un clima cultural de confusión mental y crecientes ejércitos de nulos mentales” (p. 148).

¿Qué hacer para resistir este proceso de involución que está llevando, por obra y gracia del influjo masivo de la televisión, a la creación de un “*homo insapiens*”? Superar la incapacidad de pensar y embarcar a los humanos por el camino del pensamiento es “todo cuesta arriba”, nos dice Sartori. Y, continúa, “ese regreso no tendrá lugar si no sabemos defender a ultranza la lectura, el libro y, en una palabra, la cultura escrita” (p. 149). No hay mejor corolario para este apretado resumen del libro *Homo videns. La sociedad teledirigida* que lo que dice Félix de Azúa en su artículo “Escribir” (*El País Digital*, miércoles 11 de agosto de 1999), en el que comenta una carta escrita por los niños Yaguine Koitia y Fodé Tounkara, de 14 y 15 años de edad, antes de morir congelados en el tren de aterrizaje de un Airbus —donde iban como polizones— procedente de Malí. “No hay sentencia más estúpida y rematadamente falsa —dice de Azúa— que la de que ‘una imagen vale más que mil palabras’”. Sartori suscribiría totalmente tal aseveración.